



Narrativas de resistencia: análisis de tres organizaciones de mujeres en Colombia

Anabel Garrido Ortolá ¹

Recibido: 29-06-2018 / Aceptado: 22-02-2019

Resumen. Entre la diversidad del movimiento social de mujeres en Colombia se puede identificar, en algunas organizaciones de mujeres, el desarrollo de relatos compartidos. Son producto de la participación sexuada en la guerra que giran en torno a la construcción de paz del país. Estos se han configurado mediante la convergencia entre vivencias personales y la generación de espacios propios de resignificación. El presente estudio se centra en el análisis de las narrativas colectivas conformadas a través de tres organizaciones de mujeres en Colombia: la Organización Femenina Popular (OFP), la Ruta Pacífica de las Mujeres y la Red Nacional de las Mujeres (RNM). El objetivo de este artículo es comprender la configuración de las narrativas de estas tres organizaciones de mujeres —mediante sus relatos y dinámicas de acción— y la confrontación, apropiación y resistencia a la hegemonía narrativa.

Palabras clave: conflicto; construcción de paz; organizaciones de mujeres; narrativas.

[en] Resistance narratives: analysis of three women's organizations in Colombia

Abstract. Among the diversity of the social movement of women in Colombia, in some women's organizations, we can observe the development of shared stories. Those stories are the product of participation in a war that revolves around the construction of peace in the country. These have been configured through the convergence of personal experiences, and the generation of spaces for resignification. The present study focuses on the analysis of collective narratives formed with three women's organizations in Colombia: Organización Femenina Popular (OFP), La Ruta Pacífica de las Mujeres and Red Nacional de Mujeres (RNM). The objective of this article is to understand the configuration of the narratives of these women's organizations —through their stories and dynamics of action— the confrontation, appropriation and resistance to narrative hegemony.

Keywords: conflict; peace building; women's organizations, narratives.

Cómo citar: Garrido Ortolá, A. (2019): "Narrativas de resistencia: análisis de tres organizaciones de mujeres en Colombia", *Política y Sociedad*, 56(1), pp. 107-126.

Sumario. 1. ¿Pueden (tras)tocar la hegemonía las sujetas subalternas? 2. La conformación de la identidad compartida: las narrativas colectivas. 3. Las narrativas como objeto y método.

¹ Universidad Complutense de Madrid (España).
E-mail: angarrid@ucm.es

4. Contrapúblicos subalternos en Colombia. 5. La conformación de las narrativas colectivas: relatos y estrategias. 6. Las narrativas de resistencia: la OFP, la Ruta Pacífica y la RNM. 7. Tocando y trastocando: las resistencias conjuntas de las organizaciones de mujeres. 8. Bibliografía.

1. ¿Pueden (tras)tocar la hegemonía las sujetas subalternas?²

El análisis de los estudios sobre violencia sociopolítica se ha caracterizado por una visión androcéntrica, se enmarca en la visión de la guerra como “un asunto de hombres”, y en la decisión de la no inclusión de la perspectiva de género en los análisis politológicos (Blair, 2012). En 2004, con el libro *Violence and subjectivity* (Das *et al.*, 2000) se desarrollan análisis que estudian el impacto de la violencia desde la perspectiva de la subjetividad, y se generan nuevos marcos de interpretación que atienden al imaginario, las experiencias y las narrativas propias del sujeto; que lo significan y lo sitúan en las relaciones de poder (Bolívar y Flórez, 2004). De este modo, la concepción sobre la política se desarrolla, y se entiende desde marcos de análisis más amplios que no solo centran su estudio en la sociedad, sino también en el sujeto (Pecáut, 1998).

La incorporación del análisis diferenciado de género en los conflictos armados aparece como imprescindible para analizar determinados fenómenos sociales, culturales y políticos de las sociedades contemporáneas, que encierra distintas formas de asumir las identidades sexo-género (Blair, 2012).

La larga trayectoria de participación de las mujeres en el conflicto armado colombiano se puede remontar a los años setenta, con el surgimiento de las guerrillas y la creación de las primeras organizaciones sociales. No obstante, será a partir de los noventa cuando los relatos³ de las mujeres empezarán a ocupar un mayor peso social, ante el incremento de la participación de las mujeres en organizaciones sociales.

Colombia se evidencia como un estudio de caso importante para el análisis de la participación de las mujeres en los procesos sociales de conflicto. Los más de cincuenta años de violencia sociopolítica, el incremento, así como la heterogeneidad, de organizaciones de mujeres hacen de Colombia un escenario idóneo para el estudio de la participación femenina y la generación de relatos compartidos.

Las dinámicas de la guerra configuran una estructura estratificada donde uno de los géneros (el femenino), es relegado de la participación activa. Esta estratificación se establece en torno a la estructura jerárquica subyacente, mediante la cual la participación en la guerra se encuentra mediada por un sistema sexuado.

El sistema sexo-género se refuerza y acentúa en los escenarios de guerra (Cockburn, 2007; Magallón, 1998), configurándose así la reificación de los roles de género. Este sistema se establece como ideológico y se instituye en la posición de poder entre opuesto-inferior, así como “lo negro/lo indígena se leyó como contrario-subordinado de lo blanco, y lo bárbaro, como el inverso-devaluado de lo civilizado” (Wills, 2007:38). La existencia de una esfera “oficial” que instaura un

² El título de este primer apartado refiere al artículo de Gayatri Chakrovorty Spivak “¿Puede hablar el sujeto subalterno?”. Mediante esta pregunta se alude a la falta de relato o historia de los grupos oprimidos, entre ellos las mujeres (Spivak, 1998).

³ El relato hace referencia a la construcción estructurada sobre las vivencias personales y sociales que conforma el individuo o una colectividad.

discurso hegemónico normativizado margina y excluye a todo aquello que no se encuentra dentro de la norma. Este hecho condiciona los efectos frontera, generando diversos discursos de resistencia. Esta marginalidad de otras realidades no sujetas a la norma genera esferas propias de acción social como “contrapúblicos subalternos”⁴ (Fraser, 1997:13).

En el caso de las organizaciones de mujeres en Colombia, mediante su posición de género, han construido contrapúblicos subalternos que han generado resistencia al discurso hegemónico establecido. De este modo, a través de la diferencia de género construida en el sistema de dominación masculina, se genera el efecto frontera: la resistencia (Laclau y Mouffe, 1987).

La reivindicación pasa necesariamente por su cuerpo, el planteamiento sobre la guerra y la violencia irrumpe en sus vidas a través del dolor y la muerte, ya bien sean como víctimas directa o indirectas, la violencia se refuerza en la posición de género. Estas vivencias conforman intersubjetividades que darán paso a la conformación de relatos compartidos y accionar social: narrativas colectivas. En la generación de estas narrativas colectivas de resistencia en Colombia cabe preguntarse ¿son los relatos subalternos elementos para configurar, trastocar o cambiar la hegemonía?

Para dar respuesta a esta pregunta, el presente artículo enfoca su análisis sobre las narrativas colectivas conformadas por tres organizaciones de mujeres en Colombia: la Organización Femenina Popular (OFP), la Ruta Pacífica de las Mujeres y la Red Nacional de las Mujeres (RNM). Estas tres organizaciones son diversas y heterogéneas entre sí, pero han articulado un relato y unas estrategias de acción social compartidas en torno a la construcción de paz en el país, producto de la participación sexuada en la guerra. El análisis de estas narrativas tiene como marco el periodo previo de los acuerdos de paz entre el Gobierno de Juan Manuel Santos y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia Ejército Popular (FARC-EP).⁵

En el punto se aborda el concepto de narrativa colectiva como la conformación de una serie de relatos y acciones que resignifican la identidad, y seguidamente en el siguiente punto se aborda el análisis de las narrativas. En el apartado cuatro se aporta un marco sobre el movimiento social de mujeres, y la conformación de una amplia diversidad de organizaciones en Colombia. En el siguiente apartado, el quinto, el estudio se centra en los relatos y estrategias que realizan las organizaciones de mujeres en el contexto de violencia colombiano, y dará paso al apartado sexto donde se focaliza el análisis sobre las narrativas de resistencia. Estas son abordadas desde las tres organizaciones señaladas, que aun con distintos recorridos, han centrado sus reivindicaciones con relatos y estrategias que han generado resistencias a la hegemonía narrativa. Por último, a modo de conclusión, se señalan los logros conseguidos por las narrativas colectivas de las organizaciones de mujeres, y hasta qué punto han trastocado o no la hegemonía narrativa.

⁴ Los contrapúblicos subalternos son los relatos subalternos que muestran visiones diversas a la hegemonía narrativa (Fraser, 1997).

⁵ El “Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera” firmado entre el Gobierno de Juan Manuel Santo y las FARC-EP tuvo lugar el 24 de agosto de 2016.

2. La conformación de la identidad compartida: las narrativas colectivas

La identidad colectiva ha sido un elemento de análisis en el estudio de los movimientos sociales con diversas aproximaciones al concepto. Alain Touraine rechazaba el concepto de identidad para el análisis de las acciones sociales al entender que “recurrir a la identidad es recurrir a una definición no social del actor social” (Touraine, 1987:107).

Teóricos posteriores integrarían el estudio de la identidad como parte de la conformación social. Alberto Melucci aludía la identidad colectiva como “la definición compartida e interactiva, y producida por individuos en interacción, concerniente a las orientaciones de su acción, así como al campo de oportunidades y restricciones en el que tiene lugar su acción” (Melucci, 1989:34).

La creación de nuevas narrativas colectivas —establecidas en los movimientos sociales— revelarán “una insuficiencia en las identidades y voluntades colectivas preexistentes y un deseo de autoafirmación” (Revilla, 1994:207). Por tanto, el proceso de identificación colectiva se comprenderá como la movilización “fuera del ámbito de la política institucional, que dota de sentido (certidumbre) a la acción individual y colectiva en la articulación de un proyecto de orden social” (Revilla, 1994:209). Así pues, las nuevas teorías indican que la identidad “se construye en y a través de las acciones” (Butler, 1990:142); atendiendo a la praxis social como elemento mediante y por el cual se conforma identidades. Esta praxis social se establece en la conformación del sujeto en su contexto social a través de sus acciones y relatos.

En este sentido, la narratividad se articula a través de relatos y acciones, que establecen un proceso de identificación colectiva. Squires señala que la conformación de la identidad colectiva, en torno a sujetas políticas, genera un empoderamiento individual y grupal que permite una mayor agencia (Squires, 2000). No obstante, se puede plantear también a la inversa: es la consciencia sobre la capacidad de acción la que conforma la posibilidad de erigirse como sujetas políticas que lleva a la generación de procesos de identificación colectivos. Independientemente de si es primero la identidad o la acción, ambos son procesos que se retroalimentan entre sí, y que están interrelacionados. (Revilla, 1994).

La participación activa de las mujeres como sujetas políticas ha estado condicionada por la situación de víctimas debido a una situación previa a la participación o por motivo de ella. En esta línea, el acercamiento de muchas mujeres a estas organizaciones ha condicionado nuevos escenarios, ya que, independientemente del motivo del acercamiento a la organización, la participación activa en la lucha política ha promovido el “poder para” (Allen, 1999:126). Según el Informe de la Verdad de las Mujeres de la Ruta Pacífica, más de la mitad de las mujeres, el 57% de las entrevistadas, indicaban una transformación de su identidad al asumir roles de sujetas políticas (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013). De este modo, este cambio de rol de víctima a sujeta política les hace ganar agencia mediante distintas vías. Como señala la Ruta las “(...) mujeres afirman sentirse diferentes después de estas experiencias que las cambiaron fortaleciéndolas, dándoles mayor humanidad, autoconocimiento, independencia y autoestima. Señalan que en la relación con las parejas y los hijos cambiaron, haciéndose respetar más y aprendiendo a resolver conflictos sin violencia. Ganaron en su

capacidad de defenderse pero también en su capacidad de ayudar a las demás personas” (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013:83).

Aunque el rol de las mujeres como sujetas políticas ha generado dinámicas positivas también ha generado una mayor exposición ante los actores armados. Muchas mujeres lideresas, al ser amenazadas, han tenido que bajar su perfil político o “disminuir su visibilidad” para evitar la violencia sobre ellas (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013:84). En esta línea, se observa la necesidad de ocultar la agencia conseguida por miedo a la violencia aleccionadora contra las mujeres que opera cuando estas rompen los mandatos de género establecidos en la hegemonía narrativa.

Así pues, al margen de las vicisitudes derivadas del empoderamiento, la amplitud de capacidades se erige como uno de los elementos cruciales en las organizaciones de mujeres. Mediante el proceso de duelo, anclajes y movilización, las mujeres víctimas evidencian una transformación identitaria al distanciarse de los roles pasados (White, 1992), y conformando una nueva identidad colectiva en torno a las narrativas colectivas (Gorlier, 2002).

Por consiguiente, la narratividad se establece como la visión social y personal —mediante la cual producimos y reproducimos nuestra acciones— donde se subscriben las identidades sociales que configuran quienes somos (Manganas, 2016; Somers, 1994; Somers y Gibson, 1993). Si bien la construcción de narrativas se genera mediante el proceso colectivo, se modelan y transforman mediante la interacción entre las distintas historias o relatos. Por tanto, la narración se establece a través de “continuaciones”, “apropiaciones” y “confrontaciones” en el proceso de conformación de la narrativa (Gorlier, 2004). Así pues, se establece una posición de interdependencia entre el sujeto y los otros, donde las narrativas de los sujetos se encuentran entremezcladas debido a las “interacciones significativas [donde] siempre es objeto de modelado social” (Gergen, 1994:176).

Las organizaciones se pueden conformar como grupos de “re-socialización”, donde la identidad previa se resignifica a través de los relatos compartidos (Gorlier, 2002). De este modo, las narrativas colectivas establecidas en las organizaciones conforman nuevos roles “y en las colectividades con más roles que miembros, estos tienen la oportunidad no solo de ser ayudados, sino también de ayudar (Gorlier, 2002:38). En esta línea, la Ruta utiliza el concepto de sobrevivientes⁶ para aludir a la situación de víctima, resignificando la concepción de víctima mediante el uso de un concepto del cual se desprende la concepción de sujeto activo y por tanto de empoderamiento.

3. Las narrativas como objeto y método

La elección de las narrativas compartidas surge como objeto y como método de análisis, para poder estudiar la conformación de aquellos contrapúblicos subalternos que han conseguido articular una narrativa de resistencia.

Para el estudio de estas tres organizaciones, se ha realizado un análisis sobre las narrativas mediadas a través de sus relatos compartidos —a partir del material

⁶ La denominación de “sobrevivientes” ha sido rechazada por otras organizaciones de víctimas, al señalar la necesidad de enunciar el concepto “víctima” para aludir la contraparte victimario, como responsable de la violencia (Acsur y Hegoa, 2008).

publicado y difundido por sus páginas webs— y sus estrategias de acción social. En esta línea, la OFP ha contado con dos medios de comunicación impresos, la revista anual de derechos humanos *La Mohana* y el periódico bimensual *Mujer Popular*⁷. Para la RNM su página web ha sido una referencia constante en la cual se puede encontrar todos sus documentos, boletines, informes y publicaciones utilizados para su estudio. En el caso de la Ruta Pacífica por las Mujeres, al igual que en la RNM, su página web ha sido cardinal para conseguir documentos de trabajo y publicaciones. De los documentos analizados se encuentran boletines y agendas por la paz emitidas por las organizaciones de la Ruta en algunos departamentos, y otras publicaciones que aluden a documentos teóricos como informes sobre el estado de la cuestión.

El análisis de estos documentos junto con su accionar social (paros, movilizaciones, comunicados y caravanas) son los principales elementos para el análisis de la narratividad. El objeto de análisis pasa a establecerse como sujeto del cual se deriva el relato, concibiendo la narratividad como el proceso identitario subjetivo y colectivo de las personas. De este modo, el análisis de narrativas se presenta como la herramienta metodológica adecuada para el estudio sobre la diversidad de historias, así como de las estructuras subyacentes (Frank, 1995).

La narrativa está sumida en la relacionalidad del proceso social, por tanto, es condición necesaria atender a “la conciencia social, la acción social, las instituciones, las estructuras e incluso la propia sociedad; el yo y los propósitos del yo (...) en el contexto de relaciones internas y externas de tiempo y lugar” (Somers, 1994:621). De manera que las identidades se instituyen mediante la narratividad orientada por interacciones sociales (tanto desde las instituciones como desde las personas) establecidas en un tiempo y un lugar determinados, atendiendo así a la identidades como condicionantes particulares y no universales (Somers, 1994).

Cuatro son los rasgos que caracterizan el análisis de la narrativa: 1) La relacionalidad entre las partes a un todo; 2) trama causal; 3) apropiación selectiva; 4) temporalidad (Somers, 1992). Estos rasgos muestran cómo el análisis de las narrativas predispone de diversas constelaciones de relaciones, que establezcan una trama causal, en una relación temporal y un lugar determinado. Una característica principal de la narración es la compresión a través de la conexión de “[las] partes (por más inestables) a alguna noción de un todo (por incoherente o irrealizable). En este sentido, la narrativa se convierte en una categoría epistemológica” (Somers, 1992:602).

4. Contrapúblicos subalternos en Colombia

La primera ola feminista en Colombia había conseguido el sufragio universal para las mujeres, pero no sería hasta la segunda ola feminista (de 1979 a 1975) donde resurgirían los nuevos relatos feministas que avanzan sobre el discurso igualitario en la democracia (Luna y Villarreal, 1994). En estos años se generaron nuevos contrapúblicos feministas, grupos que resultaron de la ruptura de espacios de

⁷ La dificultad para encontrar este periódico bimensual ha llevado a buscarlo a través de las referencias en documentos secundarios.

izquierdas, de la reflexión sobre el sistema sexo-género y de la necesidad de espacios propios (Escobar y Medrano, 1982). Estas luchas empezaron a “romper el muro de la privacidad y se colocan en el espacio público temas como la sexualidad, el aborto, la libertad de decidir sobre el cuerpo” (Velásquez, 1995:382). Igualmente, será a partir de la década de los setenta cuando empieza el interés de las organizaciones de mujeres por los temas de paz, este sería el caso de la Organización Femenina Popular (OFP) (Corporación SISMA MUJER y MZC, 2010:10). Organizaciones como la Unión de Ciudadanas de Colombia —vinculada a una política partidista tradicional relacionadas muchas de ellas con el movimiento sufragista de la primera ola— muestran la convivencia entre ambas olas: “Se superponen y hasta son arrastradas unas por otras” (Lamus, 2010:104).

Los contrapúblicos feministas de la segunda ola supusieron una ruptura cultural, con consignas como “me descolonicé” y “soy mujer y me gusta”, iniciando debates que relacionan cuerpo-poder y luchan por la despenalización del aborto (Wills, 2007:171). No obstante, en torno a la diversidad del movimiento feminista en Colombia se generan distintas iniciativas, estableciendo “tres corrientes distintas de feminismos, las autónomas, las anarquistas y las que defienden la ‘doble militancia’” (Wills, 2007:171-172). Entre el periodo de 1974-1988, algunas organizaciones de mujeres empiezan a tomar una “posición antipartidos y a favor de iniciativas volcadas hacia transformaciones de la sociedad civil” (Wills, 2007:190), lo que generó un movimiento que tiende hacia la corriente autónoma de los feminismos latinoamericanos.

A finales de la década de los ochenta, el mapa de organizaciones de mujeres, así como la capacidad de movilización de las mismas, se había incrementado. Se conformaban movimientos en el reclamo de diversas narrativas construidas en torno a la posición de género y clase (Lamus, 2010). Los movimientos de mujeres y el movimiento feminista constituirían el llamado Movimiento de Mujeres, definido como “el sistema de prácticas sociales contradictorias que controvierten el orden establecido a partir de las contradicciones específicas como género y como clase” (Luna y Villarreal, 1994:182).

La multiplicidad de realidades ante la posición de género, tales como mujeres afrocolombianas, indígenas y la intersección de clase social, establecen una amplitud de discursos y miradas; pero con un factor común que se aplica en la posición de género, y origina el contexto de violencia sexuada. Este hecho configura las demandas de las organizaciones que se movían entre la violencia de los espacios privados y contra las diversas violencias cometidas sobre el cuerpo y territorio debido al conflicto armado, hecho que ha permitido el acercamiento entre organizaciones feministas y organizaciones de mujeres populares (Lamus, 2010).

De este modo, entre 1985 y 1990, las represiones sufridas por la izquierda tras los acuerdos de paz, como sería el caso de la matanza de dirigentes de la Unión Patriótica, reforzaron la posición de autonomía, con respecto a los partidos, del movimiento de mujeres (Lamus, 2010). En este contexto de violencia, se puso en marcha un proceso constituyente en el cual las mujeres formarían parte de la preparación del texto mediante la Red Mujeres y Constituyente, espacio que daría lugar a la Red Nacional de Mujeres (RNM) (Tamayo, 1998). Las distintas demandas defendidas se referían a la implementación de un lenguaje inclusivo en el texto constituyente, y la prohibición de la discriminación por motivos de

“situación económica, social y cultural, étnica o de género, opción religiosa, política o sexual” (Wills, 2007:219). Las reivindicaciones se situaron, por un lado, en la maternidad como derecho frente a responsabilidad: demandaban al Estado las garantías para la crianza y la protección laboral de la mujer embarazada; y por otro, en el debate ante el trabajo doméstico, al instar al Estado en la protección del trabajo y al reconocimiento del mismo (Lamus, 2010; Wills, 2007).

Estas propuestas fueron llevadas al Encuentro Nacional de Mujeres “Un abrazo amoroso por la vida” que tuvo lugar el 13, 14 y 15 de octubre de 1990 en Bogotá. En este encuentro se observó la diversidad de posiciones feministas, y se originó lo que se denominará la segunda ruptura (Lamus, 2010). Estas disputas vendrían relacionadas con el tipo de participación en la Asamblea Constituyente, divididas entre la participación con las organizaciones políticas o con listas propias (Wills, 2007). Estos enfrentamientos refieren de nuevo a la ruptura inicial entre autónomas, aquellas que defendieron la creación de listas propias; y partidistas, las que optaron por la inclusión en las listas mixtas (Wills, 2007). Sin embargo, lejos de observarse como una discusión menor arrastrada en el tiempo, como señala María Emma Wills, esta disputa muestra dos formas distintas de entender y hacer política. En esta línea, Doris Lamus indicaría que “este asunto sí tiene que ver con interpretaciones de la política; no es solo una vieja rencilla, sino una factura histórica en las posturas más «tradicionales», si cabe la expresión, que se origina en las militancias partidistas de las izquierdas en que buen número de estas mujeres inician trayectorias y que da cuenta de los vínculos y condiciones de vida de cada una en aquellos tiempos” (Lamus, 2010:118).

Esta ruptura se mantiene en la actualidad, así como la diversidad de agendas que llevan incluso a encontrar posiciones contradictorias, “las posturas ante el género son muy diversas y llegan a ser a veces antagónicas en cuestiones de maternidad, aborto y planificación” (Wills, 2007:230). Además, el contexto de violencia no ha logrado generar un referente común de lucha en torno al eje de la paz en las organizaciones de mujeres. Esto es debido a la fractura originaria entre autónomas y partidistas, ya que, la exclusión política del sistema colombiano muestra como “subversivo” todo aquello que se establezca por fuera de los cauces gubernamentales e institucionales. Consideran fuera de la legalidad gran parte de las organizaciones de mujeres autónomas existentes en Colombia (Lamus, 2010; Wills, 2007).

Al margen de la división entre ambas posturas, el proceso constituyente y la década de los noventa marcaría el fortalecimiento de muchas organizaciones de mujeres —principalmente aquellas más institucionalizadas— y la proliferación de iniciativas autónomas de género (Lamus, 2010).

5. La conformación de las narrativas colectivas: relatos y estrategias

La multiplicidad de organizaciones por la paz en Colombia evidencia una diversidad de narrativas en torno a la participación de las mujeres en la guerra. Dentro de esta heterogeneidad, se encuentran organizaciones que incorporan agendas feministas, como las que focalizan sus reivindicaciones desde las distintas intersecciones, como etnia, raza o clase social. En los discursos de las

organizaciones de mujeres contra la guerra en esta década se encuentran dos ejes principales:

- 1) La politización de los vínculos de sangre como la maternidad (Wills, 2007).
- 2) El reclamo de una amplia red de organizaciones ubicadas en diversas regiones colombianas, no solo del fin de la violencia sobre sus seres queridos, sino también sobre sus cuerpos como territorios de guerra (Wills, 2007).

Las estrategias utilizadas por estas organizaciones divergieron en torno a dos vías, aquellas que muestran la ruptura anteriormente citada: 1) las organizaciones de mujeres que interpelaban la construcción de la paz a través de la negociación, y la denuncia del impacto diferencial de género en la guerra; y 2) aquellas que buscaban la negociación a través de la interlocución con las instituciones y el Gobierno (Wills, 2007). En esta línea, las iniciativas mayoritarias en la década de los noventa, en contraste con la década anterior, supusieron una mayor concentración en la incidencia gubernamental e institucional (Wills, 2007).

En la actualidad, la configuración del Movimiento de Mujeres colombiano se constituye por diversas corrientes feministas, así como por organizaciones que no se consideran como tal aun teniendo en sus reivindicaciones la “igualdad de derechos” (Lamus, 2010:125). Dentro de las diferentes organizaciones, nos encontramos con una amplia diversidad de relatos, desigual constitución de las organizaciones —este sería el caso de una mayor influencia de las organizaciones constituidas en las ciudades y su irradiación hacia el resto de las regiones— y una multiplicidad de proyectos identitarios que tienen que ver con las intersecciones de raza, etnia, orientación sexual y clase (Lamus, 2010).

Una de las características compartidas es la relación de las mujeres con la guerra, evidenciando así la necesidad de trabajar y reivindicar la situación de ellas en el contexto de violencia. Por consiguiente, el trabajo de las organizaciones de mujeres se establecería en torno a “los problemas de la guerra y la paz; los efectos de la guerra sobre los cuerpos de las mujeres y los territorios; la demanda de salidas negociadas al conflicto armado y la presencia de las mujeres en tales negociaciones” (Lamus, 2010:126). De este modo, este eje articulará diversas redes, plataformas y proyectos, buscando elementos comunes que generen un elemento central de unión en las distintas reivindicaciones, de ahí se desprende la siguiente propuesta a tenor de la movilización del 25 de julio de 2002, el “(...) movimiento de mujeres está compuesto por el accionar y las manifestaciones de las mujeres en contra de la explotación, exclusión, opresión y/o subordinación que sufren como género y por la expresión amplia de sus propuestas alternativas de transformación de las condiciones que generan tales situaciones. Se construye a partir de la común desigualdad que sufren las mujeres, pero las mujeres no son un colectivo homogéneo, porque además de la condición genérica comparten con los hombres estratificaciones, segregaciones y jerarquizaciones construidas a partir de la clase, etnia y ‘raza’, región, edad, orientación sexual, etc. El de mujeres es entonces un movimiento que reconoce y recoge la diversidad de identidades e intereses de las mujeres”. (Solano, 2003:99).

6. Las narrativas de resistencia: la OFP, la Ruta Pacífica y la RNM

La amplitud y diversidad de narrativas de las organizaciones de mujeres en Colombia obliga a focalizar el estudio en tres organizaciones: la OFP, la Ruta Pacífica y la RNM. La selección de estas tres organizaciones responde a la amplia incidencia territorial, así como al carácter contestatario compartido. Del mismo modo, subyacen varias diferencias que las sitúa en distintas posiciones, debido a la evolución territorial, el momento temporal de creación y la base social. Si bien las tres organizaciones seleccionadas responden al ejercicio de autonomía, en el caso de la OFP este hecho se dio tras la ruptura con la Iglesia y un cambio de ciclo organizativo.

La Ruta, la OFP y la RNM tienen discursos que generan resistencia contra la hegemonía, y buscan el fin de la violencia y la construcción de paz sin opresión⁸ desde una perspectiva feminista. Para el análisis sobre los elementos que configuran la resistencia de las mujeres, se establecen dos ejes, diferenciados entre los relatos y las estrategias de acción social. Los relatos aluden a la construcción identitaria del discurso político que se establece en torno a la politización de la maternidad y el vínculo entre mujer y tierra; en el apartado de estrategias de acción social, se atenderá a la generación de espacios propios y las acciones de resistencias.

6.1. La politización de la maternidad

El discurso hegemónico binario establecido en la organización social instituye a las mujeres como madres/reproductoras. Este discurso maternalista se encuentra presente en una gran parte de organizaciones en América Latina; es la vía por la cual “las intervenciones femeninas en la comunidad se inscriben ordinariamente en la prolongación de su función familiar” (Farge, 1991:96). De este modo, la participación de las mujeres se encuentra referida a través de la categoría de relación, en la cual se inscribe su participación mediante el vínculo con el otro (Fraisie, 2001).

No obstante, al margen del tipo de filiación por medio del cual se reivindica, la politización de la maternidad inscribe su resistencia a través del cuerpo diferenciado, mediante la diferencia sexuada. Asimismo, la maternidad, se erige como condicionante narrativo, con el que se reivindica su posición política ante la guerra.

En consecuencia, encontramos tanto en La Ruta como en la OFP⁹ la consigna “las mujeres no parimos, ni forjamos hijos e hijas para la guerra”, eslogan que evoca a Lisístrata y la estrategia generada por las mujeres contra la guerra. Del mismo modo, este lema plantea una oposición al modelo de madre de Rousseau, en el cual la madre da hijos e hijas para la patria. Por tanto, es a través de este

⁸ “Ni guerra que nos mate ni paz que nos oprima” consigna enunciada en el Encuentro Internacional de Mujeres contra la Guerra, 10-12 de agosto de 2004, Bogotá (Colombia). Organizaciones firmantes: Alianza Iniciativa de Mujeres Colombianas por la Paz, Ruta Pacífica de Mujeres, SUIPPCOL, UNIFEM, ASDI, Federación de Trabajadores Públicos de Suecia, Viva la Ciudadanía, Escuela Nacional Sindical, Corporación Regional Planeta Paz (Libro Mural, 2009).

⁹ La consigna en al OFP apareció a tenor de la conformación de La Ruta, y la ampliación de la OFP en otros municipios (Lamus, 2010).

enunciado, donde se encuentra la politización de la maternidad, que se erige como un vínculo para luchar, exigir e incidir (Wills, 2007).

De este modo, a través del discurso binario construido en torno al sistema de dominación masculina, las narrativas de estas organizaciones recogerán esta condición femenina como estandarte de lucha en el escenario de guerra, identificando así la violencia con la masculinidad.

No permitiremos que de nuestras manos y vientres, broten ni un solo alimento para la guerra y la violencia. (...) Desactivaremos todos los artefactos de la guerra, los de hierro, los de la palabra que incita, los del olvido. (...) Que la palabra dialogante y comprometida sea la única arma que aquí se esgrima. Y si no es la palabra y la fuerza material que de ella deviene, ¡ay de nuestras hijas e hijos!, futuro incierto el de nuestro país, el de este planeta. Depararemos entonces una tierra estéril, y las mujeres no tendremos hijas/os que vean este oprobio. (...) Que los intolerantes y los guerreros de todos los colores, de todas las clases, que habitan hoy nuestra tierra, sientan que hoy están sembrando lo que mañana recogerán las hijas/os de sus hijas/os (Ruta Pacífica de las Mujeres, 1996:1).

Se pueden observar muchas experiencias, las cuales “reapropiándose de los roles reproductivos y dotándolos de una dimensión política, han articulado su accionar político: las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina, las Mujeres de Negro en Israel o las Madres de Soacha en Colombia, por ejemplo” (Sánchez y Rodríguez, 2015:155). Por tanto, el vínculo entre la maternidad y la participación política se encuentra como un elemento clave en la Ruta Pacífica. Se alude a la politización de la maternidad como una de las principales vías hacia el activismo: mediante la transgresión del rol hegemónico. Si bien esta visión confronta con el movimiento feminista que desesencializa la maternidad y la sitúa como construcción social que mantiene la reificación del rol de género en el de mujer-madre-cuidadora, es a través del rol de cuidadora donde las mujeres, principalmente en las clases populares, se erigen como sujetas políticas. Este hecho, aunque no genera una transgresión del rol como madre, genera la resignificación del rol de madre como sujeta política, por tanto, la construcción en torno a los cuidados se erige como lucha, rompiendo con el rol pasivo asignado.

6.2.El vínculo entre el cuerpo y la tierra

Este nexo se genera desde el inicio, debido en parte a la vertebración de las intersecciones entre diversas identidades: étnicas (mujeres indígenas y afrocolombianas) y de clase. La violencia se encarna en el cuerpo de las mujeres como campo de batalla mediante la violencia sexual. Esta violencia es parte de la estrategia política y de guerra que busca romper con el tejido social por medio de la intimidación de la población enemiga, implantando la impunidad (Martín *et al.*, 1999).

El desplazamiento es otro hecho recurrente en los conflictos armados que desmiembran comunidades a consecuencia de la guerra. La intimidación, los asesinatos y la violencia sexual en determinados territorios fuerzan a la expulsión de la población de sus hogares. Estos hechos generan un mayor empobrecimiento,

debido a la pérdida de todos sus bienes, comida y asistencia. Si bien es cierto que en muchos casos la situación de desplazamiento se muestra como un efecto indirecto de la guerra, a menudo es un resultado directo previsto en la estrategia de combatientes.

Aunque el porcentaje de mujeres desplazadas es similar al de hombres, la violencia asociada al desplazamiento se acentúa en el cuerpo de las mujeres. Muchas de ellas se convierten en cabezas de familia al cuidado de hijos e hijas. La situación de vulnerabilidad de las mujeres es mayor ante el ataque o las violaciones, tanto en los hogares, en la huida o cuando encuentran refugio. Estas situaciones de vulnerabilidad, en situaciones hostiles, lleva a muchas mujeres a prestar servicios sexuales por ayuda o protección; ya que en la gran mayoría de los casos ha de hacerse cargo de la familia y de las necesidades del grupo (UNIFEM, 2002).

El desplazamiento ha impactado especialmente en las mujeres al generar una mayor vulnerabilidad asociada a diversas intersecciones, como son la clase social y la etnia (indígenas y/o afrocolombianas). Donny Meertens señala la invisibilización de las mujeres en la construcción de país, en el marco de relación con el conflicto armado y la tierra: “El derecho de las mujeres a la propiedad ha recibido poco reconocimiento social; el impacto de la violencia les ha afectado en forma desproporcionada y la pérdida o el despojo de tierras va muchas veces acompañado por otras violencias (como la sexual) dirigida específicamente a ellas” (Meertens, 2009: 197).

De igual modo, en los documentos e informes de la Ruta Pacífica señalan el desplazamiento como el “principal efecto visible de la guerra para las mujeres” que se circunscribe en el contexto de violencia sociopolítica (Sánchez, 2006:67). La desmembración de comunidades y el empobrecimiento de las mismas debido al desplazamiento configura un empeoramiento de las “(...) condiciones de vida de las mujeres [que] se vuelven aún más indignas: se da una precarización del empleo femenino, logrando su vinculación laboral con trabajos mal remunerados generalmente el servicio doméstico o el sector informal. El 68% de las personas desplazadas somos mujeres” (Sánchez, 2006:67-68).

El desplazamiento genera un efecto multiplicador de las violencias en las mujeres, ya que se concibe una violencia visible (violencia directa contra sus cuerpos o el de sus seres queridos), y otra invisible (precariedad económica, estigma social), que determina una mayor discriminación contra ellas. Ambas violencias provocan una ruptura de las mujeres con el territorio y la comunidad, y generan una serie de violencias ligadas a esta situación, como es la propiedad de la tierra, la soberanía alimentaria y ambiental.

Uno de los principales problemas es la posición de género en la tenencia de tierras, ya que el acceso de las mujeres a ellas es mucho menor en comparación con los hombres. Para el acceso a tierras y la tenencia de las mismas, las mujeres se encuentran con “dificultades que enfrentan para acceder a la documentación personal y a los registros [de propiedad]” (Guzmán y Uprimmy, 2011:8). De este modo, se muestra una brecha ante la “discrepancia entre la igualdad formal entre hombres y mujeres, consignada en la ley, y los alcances de la igualdad real, representada no solo en la posesión de títulos de propiedad sino en acceso, control y uso de la tierra” (Meertens, 2006:5).

Para suplir estas situaciones, parte de las acciones y reivindicaciones realizadas en las organizaciones de mujeres se encuentran enlazadas en mediación de sus programas. En torno a ello, la OFP tiene como una de las líneas principales de acción la “Soberanía y seguridad alimentaria”. Este enfoque parte de la necesidad de atender uno de los elementos básicos, la alimentación. De este modo, exponen que el “(...) derecho a una vida digna es también el derecho a una alimentación digna, sana, equilibrada y suficiente. La alimentación es un derecho humano fundamental del que depende llevar una vida plena, sana, activa y sin limitaciones”¹⁰.

Asimismo, esta línea de trabajo lucha contra la pobreza a través de tres vías: 1) la difusión informativa sobre el estado de la cuestión a través del Observatorio La Mohana¹¹, 2) la asistencia directa en la alimentación (creación de comedores populares) y 3) la creación de condiciones alternativas. Estas últimas se nutren de una serie de acciones que buscan incentivar el acceso alternativo a los alimentos, a través de talleres de formación dirigidos a mujeres, los mercados populares que buscan la eliminación de los intermediarios para abaratar el coste de los alimentos y la promoción de huertos familiares, urbanos y rurales.

La RNM tiene como una de sus líneas la “Seguridad Ambiental” desde un enfoque de género. Las presiones territoriales existentes en Colombia originan conflictos que se retroalimentan del conflicto armado y generan dinámicas propias. Así pues, en una de las investigaciones en el marco del Proyecto Diálogos Democráticos para la Seguridad Ambiental (PDDSA) analizan las condiciones extractivas de las minerías, y los condicionamientos de género producidos por la convergencia entre esta actividad productiva y el conflicto armado (Tobón, 2015). Del mismo modo, “en las zonas de extracción minera existe un riesgo para la seguridad encarnado en la presencia de actores armados ilegales que se benefician de la explotación, se disputan el territorio y constituyen una amenaza para los/as ciudadanos/as” (Tobón, 2015:29).

La Ruta si bien no tiene marcada una línea de programación, entre sus narrativas y documentos publicados sí aparece la necesidad de atender el vínculo entre mujeres y tierras. Esto es debido a la baja representación que tienen las mujeres en la tenencia de tierra, ellas representan la mitad de las reclamaciones de tierra del país y “el presupuesto que se usa para generar mecanismos de restitución con enfoque diferencial es precario” (Coll, 2015:67).

El territorio se encuentra como disputa del conflicto por los actores armados, donde las mujeres se muestran como parte del territorio de conquista, que es poseído, en ambos casos, por hombres. Esta violencia es uno de los elementos claves en el conflicto colombiano, y muestra dinámicas que pueden permanecer después de los acuerdos de paz. Como consecuencia, el vínculo entre víctimas y tierras ha albergado tal importancia que una de las primeras leyes, en el proceso de diálogo con las FARC-EP, ha sido La Ley de Víctimas y de Restitución de Tierras.

¹⁰ Para mayor información véase la página web [en línea] <http://organizacionfemeninapopularareas.blogspot.com.es/p/soberania-alimentaria.html> último acceso, 10 de marzo de 2019.

¹¹ Este observatorio se realiza con el apoyo de la Iglesia protestante de Suiza, HEKS/EPER (ONG Suiza) en Colombia, y da seguimiento al cumplimiento del derecho a la alimentación.

6.3. La creación de grupos propios de mujeres

Una de las principales dinámicas de las organizaciones de base es la generación de espacios entre mujeres. Estos surgen de manera diversa y se entrelazan con la búsqueda de vínculos y redes sociales debido a una mayor precariedad de las mujeres, así como por motivos de socialización. Del mismo modo, se generan diversos espacios de empoderamiento, desde los grupos de formación, hasta grupos de autoconciencia, donde a través de las vivencias se crean vínculos afectivos de sororidad. Este caso se desprende del Informe sobre La Verdad de las Mujeres de la Ruta, que señalan el efecto del espacio de ayuda mutua entre mujeres.

Para las mujeres, las organizaciones son un espacio de ayuda mutua que proporciona acompañamiento en el proceso de elaboración del dolor, en la reconstrucción de la vida económica y material en momentos de despojo como en el desplazamiento forzado. Con frecuencia, ayudar a otras ha sido una vía de ayudarse una misma (La Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013:79).

En consecuencia, los espacios entre mujeres se erigen como espacios propios, donde los vínculos se generan a través de la confianza, el apoyo y en muchos casos el afecto entre ellas. Este hecho se reconoce principalmente en la OFP y la Ruta, debido al trabajo con mujeres víctimas y populares. En el caso de la OFP los encuentros en muchos casos se hacían para la realización de actividades femeninas como tejer. De este modo, Sandra, integrante de la OFP señala:

(...) fue la Organización Femenina Popular la que en mí descubrió muchas cualidades y capacidades y como que voy haciendo vida ahí en la organización, como que comenzamos a tejer como que esos lazos de juntarnos, de agruparnos, de saber de la una, del comportamiento de la otra y como que vamos aprendiendo muchísimo (Bernal, 2014:110).

Por tanto, a través de la construcción de una red de afectos se origina la percepción de una ampliación de las capacidades, que genera mayor capacidad de acción. No obstante, si bien es cierto que la OFP está integrando parte de agenda feminista, el objetivo principal es el cambio de la vida de las mujeres desde lo privado, a través de los roles tradicionales en los cuales se encuentran. Así pues, la lucha se entronca en el cambio de “las mujeres de la región desde sus ámbitos más íntimos, como su individualidad y su familia, en especial con sus compañeros y/o esposos” (Bernal, 2014:113).

En el caso de la Ruta, los espacios propios se erigen a través de procesos de autoconcienciación y duelo. La Ruta surge de la necesidad de apoyar, de abrazar, a mujeres que están siendo víctimas de la violencia en el Urabá. El carácter privado se enlaza con la agenda feminista que busca transgredir las normas y desobedecer las dinámicas de la violencia patriarcal. A través del contacto se sensibiliza sobre el impacto diferencial que se encuentra en el cuerpo de la mujer, conectando la violencia de género como un componente estructural.

Si bien la estructura organizativa de las tres formaciones se erige desde la posición de género, y se definen como organizaciones de mujeres que abanderan la

agenda feminista, la conformación de cada una de ellas se desarrolla de distintos prismas. Así, la OFP, al originarse a través de la Iglesia católica en 1970, se constituyó mediante la conformación de clubs de amas de casas; elemento que si bien no se establece como exclusivamente femenino, se desarrolla de manera excluyente con los hombres. De igual modo, aunque en La Ruta existen organizaciones de paz conformadas por hombres y mujeres afiliadas a ella, esta se crea como organización de mujeres. Como indica María Eugenia Sánchez: “Es una decisión política ser una organización solo de mujeres y no una exclusión” (Cockburn, 2007:50). Esta “no exclusión” abre la posibilidad de la participación de hombres, siempre y cuando su lucha se instituya en torno al feminismo. En el caso de la RNM su conformación se inició con la intención de ser una organización flexible y con diversos frentes de actuación¹² y, por tanto, cuenta con una amplitud de organizaciones tanto de mujeres como mixtas. Esta diversidad de organizaciones pretende generar un espacio de unión con el fin de la transformación de las desigualdades de género. Asumen la agenda feminista como uno de sus principales vectores al construir su identidad colectiva en torno al ser mujeres.

6.4. Acciones de resistencia como estrategia feminista

Como acciones de resistencia entenderemos aquellas que rompen con el sistema de dominación masculina, al plantear la ocupación de espacios masculinizados. De este modo podemos establecer dos líneas diferenciadas:

- 1) La (re)apropiación de espacio público en la ocupación de la calle, entendida como espacio de lucha del cuerpo (Butler, 2006). Este es el caso tanto de la Ruta como de la OFP, que han optado por esta vía de acción colectiva mediante manifestaciones, plantones y caravanas. La calle como espacio público masculinizado se reivindica como espacio de encuentro e identificación entre mujeres.
Además, la ocupación del espacio público se establece a través de una simbología propia y unas determinadas formas de acción que se realizan mediante “teatros, rituales, fiestas y cantos en donde el cuerpo —los cuerpos pintados, principalmente— centran el eje de lucha” (Sánchez y Rodríguez, 2015:166).
- 2) La ocupación de espacios de poder gubernamental e institucional. Estos espacios, igualmente masculinizados, son el lugar de incidencia política que utiliza principalmente la RNM¹³. La reivindicación política se articula por medio de los derechos humanos de las mujeres, situando el foco en la necesidad de la participación de estas en los organismos e instituciones que lo requieran.

¹² Información recogida de la propia página web de la organización. Disponible en: <http://www.rednacionaldemujeres.org/> último acceso, 9 de marzo de 2019.

¹³ Esto no quiere decir que la Ruta o la OFP no realicen acciones de cabildeo en los partidos políticos, o que la Red Nacional de Mujeres no realice movilizaciones ocupando el espacio público, sino que son en los espacios donde se señalan donde mayor presión dirigen sus reivindicaciones.

La ocupación de las calles por parte de la Ruta genera nuevas dinámicas de resistencia, al buscar “re-apropiar[se]” de lo simbólico para romper con las dinámicas masculinas que impone la guerra (Sánchez, y Rodríguez, 2015:166). Además, mediante el baile y el color en la calle intentan romper con los códigos construidos del sistema patriarcal (Millet, 1975). La ruptura empieza cuando las mujeres se convierten en amenaza contra la narrativa hegemónica de la guerra, provocando malestar ante los dirigentes de la guerra (Camilo, 2006). Los objetivos de la Ruta se establecen en la ruptura del sistema de dominación masculina mediante una nueva negociación de las relaciones entre hombres y mujeres en la construcción de paz en el país (Cifuentes, 2009). Así pues, en los relatos de la organización se establecen cuestionamientos constantes hacia el poder, la guerra y las estructura jerárquica y política del sistema sexo-género (Sánchez, 2006).

La autodenominación de “popular” en el nombre de la OFP indica una ruptura de clase y un posicionamiento respecto a lo hegemónico; de este modo “sugieren acciones en constante tensión y contradicción con el orden establecido” (Bernal, 2014:108). El ámbito tradicional por el cual opera obliga a la consecución de cambios que se establezcan desde lo privado, sin transgredir las normas sociales, como señalan:

Sin pretender que las mujeres abandonen los roles que históricamente han asumido, la OFP propone cambiarlos desde adentro y en prospectiva aportar a que generaciones futuras se formen desde la crianza en un primer encuentro íntimo con la cultura por naturaleza, desde referentes distintos en las relaciones sociales (Bernal, 2014:113).

Por otro lado, la reivindicación de la RNM se instaura desde la esfera pública, mediante la construcción de análisis y trabajos políticos y la posición vigilante frente a la injusticia social. En este sentido, alimenta el activismo desde la academia, para construir fundamentos políticos y legales. La incidencia política promovida por la Red sitúa en el foco el cumplimiento de la legalidad, la transformación de las instituciones y la introducción de la perspectiva de género como herramienta para el cambio político.

7. Tocando y trastocando: las resistencias conjuntas de las organizaciones de mujeres

La construcción de los roles de género se establece como estructurante ideológico del sistema patriarcal que produce y reproduce la participación sexuada de hombres y mujeres en la violencia sociopolítica. Sin embargo, aun existiendo estratificación de género, las mujeres han ostentado el rol de sujetas políticas evidenciando nuevas narrativas periféricas que generan una ruptura con el sistema sexo-género.

Ante la diversidad de los relatos entre las organizaciones señaladas, la articulación de las narrativas tiene dos ejes comunes: la salida negociada del conflicto armado y la equidad de género en la construcción de paz. Además, el elemento que articula sus relatos y su accionar social pasa por su posición de género a través de su corporalidad, erigiéndose así el cuerpo como sujeto político.

Por consiguiente, la piedra angular del discurso de las organizaciones de mujeres deriva de su condición de mujer, por tanto, el cuerpo se convierte en sujeto político de reivindicación. Parte de las demandas se realiza a través de la denuncia del impacto diferencial que genera la guerra en el cuerpo femenino. Sin embargo, si bien el cuerpo se instituye como elemento por el cual opera la dominación (la violencia sexual como objetivo de guerra), también se muestra como el lugar donde se genera la resistencia. El cuerpo se erige como sujeto político, por el cual media el discurso y las estrategias de las organizaciones de mujeres.

Así pues, la relacionalidad entre los relatos se establece a través del rol femenino, el cual se resignifica y se reapropia mediante su politización. La maternidad y el cuerpo son elementos diferenciales que han sido utilizados desde el discurso hegemónico para establecer un orden sexuado; pero es a través de la diferencia donde se erige la narratividad de las organizaciones de mujeres. Por consiguiente, la elaboración de un relato compartido, socializado y propio de las tres organizaciones señaladas ha conformado un espacio de resignificación frente a la conceptualización de los roles de género reificados en el conflicto armado.

Este vínculo entre las narrativas ha dado lugar a la generación de comunidades narrativas, que han conformado todo un espacio de trabajo y lucha que establece la identidad colectiva como clave en la participación de las mujeres en el conflicto armado colombiano.

La sororidad entre las mujeres y la conformación de espacios de reivindicación colectiva ha generado pequeñas victorias. Yolanda Becerra, al narrar la historia sobre el secuestro de Katherine González Torres, una de las mujeres que conformaban la OFP, señalaba que fue al ejercer presión a través de una serie de movilizaciones en Barrancabermeja cuando consiguieron que la liberaran. De manera que, a su liberación, ella contó parte de lo que había escuchado en su encierro:

No me amenazaron pero sí escuché una discusión entre varios hombres sobre que no me hacían nada porque las *hijueputas* de la OFP estaban haciendo mucha presión y no podían hacerme nada (Fonseca, 2007:186).

Esta conformación de unas narrativas colectivas de las organizaciones de mujeres por la paz en Colombia evidencia una trayectoria política feminista —en el caso de las organizaciones analizadas— que ha luchado por la posición de género en las dinámicas derivadas de la guerra. Muestra el impacto diferencial de la violencia en el cuerpo de las mujeres, atiende a las mujeres víctimas de la violencia, reivindica la posición de sujetas políticas, incide en demandas sociales para la incorporación de estas en las agendas políticas gubernamentales y genera espacios de transformación y empoderamiento femenino.

Esta comunidad de narrativas, compuesta por las narrativas de diversas organizaciones, ha promovido la consecución de uno de los logros más importantes en Colombia, y que pasará como un hito internacional en los procesos de paz: la reversión de un proceso inicialmente masculinizado, a través del incremento de la participación femenina en distintas fases del proceso, la conformación de una subcomisión de género y la consecución del enfoque de género en los acuerdos de paz.

En consecuencia, ante la pregunta inicial sobre si los relatos subalternos son elementos que pueden configurar, (tras)tocar o cambiar la hegemonía, los hechos acontecidos en Colombia dan prueba de ello.

8. Bibliografía

- Bernal, D. Z. (2014): “Historia de la Organización Femenina Popular en Barrancabermeja: 1988-2008”, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Blair, E. (2012): “Un itinerario de investigación sobre la violencia. Contribución a una sociología de la ciencia”, Colombia: Universidad de Antioquia.
- Bolívar, I. y A. Flórez (2004): “La investigación sobre la violencia: categorías, preguntas y tipo de conocimiento”, *Revista de Estudios Sociales, RES*, 17, Colombia, Universidad de los Andes.
- Butler, J. (1990): *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, New York, Routledge.
- Butler, J. (2006): *Deshacer el género*, Madrid, Ediciones Paidós Ibérica.
- Camilo, A. L. (2006): *Las mujeres paz haremos movilizándonos contra la guerra. Actoras políticas, desobedientes civiles*, Minneapolis, Editado por Centro para Víctimas de la Tortura.
- Cifuentes, M. R. (2009): “La investigación sobre género y conflicto armado” en *Eleuthera*, Volumen 3, diciembre 2009.
- Cockburn, C. (2007): *Mujeres ante la guerra*, Barcelona, Ediciones Icaria.
- Coll, A. (2015): “Acceso a las mujeres a la tierra: realidades de la restitución y el desarrollo rural para las mujeres en Santander, Antioquia y Cauca”, Unión Europea, Oxfam, La Ruta Pacífica de las Mujeres, Bogotá.
- Corporación SISMA MUJER y MZN (2010): *Diagnóstico: mujer, paz y seguridad. Los movimientos de mujeres y paz en Colombia. Desde los años noventa hasta hoy*, MZN, Córdoba.
- Das, V. et al. (2000): *Violence and Subjectivity*, Los Angeles: University of California Press.
- Farge, A. (1991): “La historia de las mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional”, en *Historia Social, número 9*.
- Fonseca, L. (2007): *Una Colombia que nos queda*, Bucaramanga, AECID y Fundación Mujer y Futuro y AECID.
- Fraisse, G. (2001): *Los dos gobiernos: la familiar y la ciudad*, Madrid, Ediciones Cátedra.
- Frank, A. (1995): *The wounded storyteller*, Chicago, University of Chicago Press.
- Fraser, N. (1997): *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición postsocialista*, Bogotá, Ediciones Siglo del Hombre-Universidad de Los Andes.
- Gergen, K. J. (1994): “Realities and Relationships: Soundings in Social Constructionism”, Cambridge, Harvard University Press.
- Gorlier, J. C. (2002): *Comunidades Narrativas. El impacto de la praxis feminista sobre la teoría social*, Argentina, Ediciones Al Margen.
- Gorlier, J. C. (2005): *Construcción social, identidad, narración. Nuevos enfoques teóricos y el (re)hacer del género*, Argentina, Ediciones Al Margen.

- Guzmán, D. E. y R. Uprimny (2011): “Restitución de tierras para las mujeres víctimas del conflicto armado”, en *Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer UNIFEM*, Bogotá, Embajada de Canadá.
- Laclau, E. y C. Mouffe (1987): *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI.
- Lamus, D. (2010): *De la subversión a la inclusión: movimiento de mujeres de la segunda ola en Colombia, 1975-2005*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Libro Mural (2009): *Las mujeres tenemos memoria. Todas las voces contra las violencias. Cien afiches en la luchas de las mujeres*, Bogotá, Fundación Mujer, Arte y Vida-Mavi.
- Luna, L. y N. Villarreal (1994): *Historia, Género y Política. Movimientos de mujeres y participación política en Colombia 1930-1991*, Universitat de Barcelona, Barcelona.
- Magallón, C. (1998): “Sostener la vida, producir la muerte: estereotipos de género y violencia”, en Vicent Fisas *El sexo de la violencia. Género y cultura de la violencia*. Barcelona, Editaorial Icaria.
- Manganas, N. (2016): *Las dos Españas. Terror and Crisis in Contemporary Spain*, UK, Sussex Academic Press.
- Martín et al. (1999): *Reconstruir el tejido social. Un enfoque crítico de la ayuda humanitaria*, Barcelona, Icaria.
- Meertens, D. (2006): “Tierra, derechos y género. Leyes, políticas y prácticas en contextos de guerra y paz”, *Informe Final de la Consultoría sobre Derechos de las Mujeres a la Tierra*, Bogotá, UNIFEM Programa Paz y Seguridad.
- Meertens, D. (2009): “La tierra, el despojo y la reparación: justicia de género para mujeres víctimas en Colombia”, en *¿Justicia desigual? Género y derechos de las víctimas en Colombia*, Bogotá, Fondo de desarrollo de las Naciones Unidas para la mujer, UNIFEM.
- Melucci, A. (1989): *Nomads of the present. Social movements and individual needs in contemporary society*, London, Hutchinson.
- Millet, K. (1970): *Política sexual*, Madrid, Ediciones Aguilar.
- Navarro, M. (1982): “El Primer Encuentro Feminista de Latinoamérica y el Caribe”, en: Magdalena León (ed.), *Sociedad, subordinación y feminismo: debates sobre la mujer en América Latina y el Caribe*, Asociación Colombiana para Estudio de la Población (ACEP), Bogotá.
- Pécaut, D. (1998): “La contribución del IEPRI a los estudios sobre la violencia en Colombia”, *Análisis político, IEPRI*, (34): 64-79.
- Revilla, M. L. (1994): “El concepto de movimiento social: acción, identidad y sentido”, *Zona Abierta*, (69)181- 213.
- Ruta Pacífica de las Mujeres (1996): *Declaración fundante de las mujeres de Colombia*, La Ruta Pacífica de las Mujeres, Mutatá.
- Ruta Pacífica de las Mujeres (2013): *La verdad de las mujeres. Víctimas del conflicto armado en Colombia*. Disponible en:
<http://www.rutapacifico.org.co/descargas/publicaciones/versionresumida.pdf>
[Última consulta: 10 de marzo de 2019]
- Sánchez, O. A. (2006): *Nuevas formas de resistencia civil de lo privado a lo público. Movilizaciones de la Ruta Pacífica 1996-2003*, Bogotá, Ruta Pacífica de las Mujeres.
- Sánchez, M. L. y L. Rodríguez (2015): “Acciones colectivas de las organizaciones de mujeres por la paz en Colombia”, en *Revista de Paz y Conflictos*, num. 2, vol. 8, pp.149-177.

- Solano, Y. (2003): "Movimiento de mujeres en Colombia: entramado actual del movimiento de mujeres en Colombia", en: María Eugenia Martínez (coord.), *Cartografía de mujeres: para pensar los derechos*, Red Nacional de Mujeres y Corporación Humanizar, Bogotá.
- Somers, M. R. (1992): "Narrativity, Narrative Identity, and Social Action: Rethinking English Working-Class Formation", *Social Science History*, 16:591-630.
- Somers, M. R. (1994): "The narrative constitution of identity: A relational and network approach", in *Theory and Society*, 23(5): 605-649.
- Somers, M. R. y G. Gibson (1994): "Reclaiming the epistemological other: narrativa and the social constitution of identity", in *Transformations. Comparative studies of social transformations*, CSST, Working Paper The University of Michigan.
- Spivak, G. C. (1998): "¿Puede hablar el sujeto subalterno?", *Orbis Tertius*, 3 (6), 175-235. Disponible en:
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2732/pr.2732.pdf
[Última consulta: 7 de febrero de 2019]
- Squires, J. (2000): *Gender in Political Theory*, London, Wiley-Blackwell.
- Tamayo, M. L. (1998): "Los movimientos de mujeres en el proceso constitucional 1990-1991", documento preparado para el Taller sobre *Advocacy y Derechos Sexuales y Reproductivos de la Mujer*, Chinauta, octubre, sin publicar y sin paginación.
- Tobón, G. (2015): "Mujeres, conflictos socioambientales y resolución 1325 de las Naciones Unidas", Red Nacional de Mujeres, Bogotá.
- Touraine, A. (1987): *El retorno del actor*, Buenos Aires, Eudeba.
- UNIFEM (2002): *Mujeres, guerra y paz. Informe sobre el Progreso de las Mujeres en el Mundo*.
- Velásquez, F. (1995): "Descentralización y modernización del Estado en Colombia: Balance de una experiencia", *Nómadas (Col)*, (3) Universidad Central Bogotá.
- Wills, M. E. (2007): "¿Inclusión sin representación? La irrupción política de las mujeres en Colombia", en *La manzana de la discordia*, nº 4, pp. 117-122, Bogotá.
- White, M. (1992): "Deconstruction and therapy" in David Epston and Michael White, *Experience, contradiction, narrative and imagination*, Adelaide, Dulwich Center Publications, 109-151.